

EL TESORO PERDIDO

Escrito por El Gato Negro

Alicia leyó desde su tierna infancia todos los libros de su escritor favorito, Israel Gómez. Soñaba desde los nueve años que era una aventurera descubriendo miles de tesoros perdidos en España. Su cobardía se escondía tras su corazón, luchaba contra maleantes y ladrones sin temor alguno para recuperar antiguas joyas. Así fue su adolescencia, sus únicos amigos fueron aquellas páginas que tanto disfrutó una y otra vez. En 2019 salió a la venta su última obra literaria, pero nunca tuvo final. Su protagonista se dirigía a un castillo con el fin de declarar su amor a una dulce princesa. Acabó con un “continuará...”, pero nunca fue así.

Tres años después Alicia decidió embarcarse en una hazaña de verdad, conocer al autor que le enseñó a no tener miedo a nada. Explicarle lo importante que fue para ella en su infancia y, sobre todo, conocer el final de la historia y por qué nunca concluyó la saga.

No fue tarea fácil dar con él. Descubrió que vivía en la Residencia El balcón de Cúllar Vega. Viajó hasta allí en autobús cruzando media España. Consiguió localizar la Residencia. Cruzó la puerta de aquel edificio mientras su corazón palpitaba a ritmo de jazz. Acudió hasta su habitación. ¿Cómo sería?, se preguntó. Abrió la puerta temblando y sin fuerza como un viejo boxeador. La sorpresa hizo que su sangre se enfriase. Allí solamente había un anciano con una barba blanca mal cuidada, el pelo canoso y cientos de arrugas contagiando su rostro. Qué decepción, pensó Alicia.

Se acercó a él saludándole con su preciosa mano pero no obtuvo respuesta. Su mirada dilatada se perdía en dirección a la ventana. Israel, su héroe, era un anciano. Su voz abandonó su garganta hacía meses. Su mente se marchó sin despedirse de este cruel mundo.

Una enfermera le explicó al salir que padecía Alzheimer. No tenía familiares ni amistades, jamás recibió una visita. Sencillamente él no existía.

No hay mayor tristeza para un escritor que el hecho de olvidar las palabras. Así era su vida, un folio en blanco. Todas las novelas que creó y publicó dejaron de existir, no tenían ningún valor para él. Ya no era nadie en el mundo de la escritura. Se convirtió en un esclavo de la soledad, un prisionero que jamás fue rescatado por su princesa.

Alicia no aceptó que su viaje fuese en balde. Dejó todos sus libros en una estantería de la habitación. Le visitó todos los mañanas y le leyó sus obras, página a página. Era lo mínimo que podía hacer por aquel señor que jamás conocería. Unos meses después, terminó de narrar su última novela. Entristecida dijo la palabra que tanto le castigó esos últimos años “Continuará”.

Le preguntó en susurros y desanimada quién era la princesa desconocida. ¿Qué declaración le iba a hacer su audaz protagonista?

-Yo ya he hecho todo lo que podía. –Le murmuró a su oído apenada- Mañana volveré para despedirme, siempre te querré mi caballero andante. – Le besó en la mejilla.

La noche fue misteriosa. Las luces se encendieron y allí estaba Israel sentado en una silla mirándola. Alrededor de él le acompañaban los personajes ficticios de la saga de libros. Comenzaron a aplaudirla. Seguidamente la rodearon y la abrazaron. Alicia se despertó sudando a las cuatro de la mañana. No entendió por qué soñó eso, simplemente los sueños no se eligen, ellos van a ti.

A la mañana siguiente volvió para despedirse. Pensaba en su suerte. Ella sí tenía unos padres que la abrazarían, unos amigos con los que se tomaría unas cervezas y un perro que le recibiría con inmensos lametones de alegría. Entró por última vez en aquella habitación esperándole la peor de las noticias. La enfermera se lo comunicó mientras recogía la cama. Israel Gómez había fallecido esa misma noche. Un océano de lágrimas sumergieron de los ojos de la joven. Golpeó con fuerza la pared y se derrumbó en la silla donde Israel siempre la esperaba. La enfermera decidió dejarla a solas para procurarle intimidad. Tras unos minutos de agonía, se percató de un folio encima de la

mesa, a simple vista parecía una carta escrita a mano. La letra era irregular y ligeramente ininteligible, como si la hubiese escrito una mano temblorosa.

La Diosa de mis deseos, el diamante de todas mis fortunas, existen miles de maneras para definirte, todas ellas son válidas y cada día de mi vida te las recordaré. Me observabas todos los días, era un anciano que vivía en silencio atado a una silla, como si fuese un sobre cerrado. Te acercaste y me abriste. La primera lectora de mis profundos sentimientos, penetraste de lleno en ellos. El miedo me corría por dentro, temía que me desnudaras averiguando la verdad sobre mí, una vida no apta para los oídos de cualquier público.

Empezabas día a día, con cierta lentitud. Al principio desnudabas mis sensaciones, me sobrecogía a mí mismo intentando enfrentarme con tu ternura. Tú eras distinta, la dueña de mis sentimientos. Te di permiso para que entrases en mí.

Te anclaste a mis sentimientos destrozando así mis candados. Mi pasado es una cerradura de la que yo no tengo llave, con tu pureza todo es posible. Oigo el sonido, el primer crujido que indica la destrucción, sigue así amor mío. Rememora mis recuerdos, cita conmigo las frases del pasado. Siento cómo las mariposas escondidas en mi mente retornan a la vida, comienzan a volar. La Todopoderosa existencia comienza a florecer. Las imágenes que permanecían ocultas entre tinieblas vuelven a salir a la luz, los rostros que veía ya no resultaban ficticios, todos tienen su historia y eran conmigo. Acompañame a la gran aventura, salgamos de mis trincheras, mi valerosa guerrera salvándome de mi demencia.

La cobardía me convirtió en locura, tu amor me transformó en guerrero. Me agarraste de la mano, me acariciaste el hombro y despertaste mi pasado con un gesto de armonía. Mi gran exploradora, digna del mayor obsequio: mi humanidad. Las imágenes son borrosas, se esconden entre la niebla, eres la luz mágica que las atraviesas. ¿Qué hacer para que llegue yo a tu corazón? Para poder alcanzar lo más profundo de tu esencia.

Ya están todas las imágenes ordenadas, en blanco y negro. Ojeo de refilón otro de tus grandes milagros, les das color. Ahora se reproducen como una vieja película. Un

nuevo clásico aún no descubierto. Tú y yo somos los únicos espectadores, sólo filmada para nosotros, auténticos privilegiados. Eres la heroína que ha abierto el gran baúl de mis tesoros ¿Dónde te has escondido todo este tiempo? ¿Quién eres en realidad? ¿Cómo has conseguido que me enamore de ti? Cuestiones sin respuesta aún, espero resolverlas en la siguiente vida.

Ahí están, todos los que me querían: mi familia y mis amistades. Te los presento con gran alegría, observo en los bonitos rasgos de tu aspecto una gran sonrisa. Ya los conoces en realidad, todos los personajes que creé hace años. Vienen largas horas a visitarme, tú les hablas de aventuras. No obstante te los presentaré como yo los recuerdo. Mis lágrimas caen de tus ojos, te conmueves por mí, mis sentimientos ahora son tuyos, tu valentía ahora es la mía.

Has limpiado mi alma. Borraste el fuego ardiente que hay dentro de mí, una rabia que se extendía por mis venas ¿Por qué eres tan buena? Paralizas mi odio y das vida a mi paciencia.

Los recuerdos se detienen, ahora sé que fui feliz. Caigo enfermo y me convierto solamente en esencia. Desconozco los motivos de por qué sucedió. Has sido el antídoto de mi enfermedad, los médicos pensaban en elementos químicos, pero la solución era el amor.

He conseguido salir de aquí, me rescataste de esta celda. Las mariposas se han marchado, ahora vuelvo con ellas. Ya puedo vivir con pasión, recorreré el universo. Descubriré nuevas especies, religiones y civilizaciones. ¿Conocerán el amor? ¿Existirá algo mejor aún? Descubriré la respuesta.

Gracias por darme el don de la felicidad, estoy sorprendido de que no sea solamente para unos pocos privilegiados, sino para este humilde enfermo. Temo que mi locura se transforme en obsesión. Aunque te separes de mí, te dejo aquí mis últimas palabras para darte las gracias.

Alicia jamás supo cómo el difunto anciano pudo escribir aquella carta. Esa

pregunta la acompañó durante el resto de su vida. La búsqueda concluyó, por fin encontró su verdadero tesoro.